

Yo creo en la oración

Realmente no tiene nada de particular esta afirmación, pues hay muchos (y debería haber más), que lo creyeran. Pero la oración tiene que ser de alguna manera insistente y hasta «molesta». El principio de la oración lo estableció Jesús de forma perfecta y sin equívocos.

Es increíble que en tan corta oración, se contengan todos los elementos que conforman la vida cristiana. El que sepa saborear cada palabra, «masticar» cada frase, y entre de lleno y sin subterfugios en el fondo de esta oración tan popular y plena de Espíritu de Dios, puede perfectamente situarse en la cúspide de la mística.

La oración insistente y hasta terca, hace que se mueva el corazón de Dios. Es por eso que el profeta incita a los personas de fe a «importunar» al Señor con sus plegarias: *Sobre tus muros, ¡Oh Jerusalén! he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Yahvé, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra.* (Isaías 62:6 y 7). Y si alguien dice que la oración no mueve a Dios, piense que con que nos mueva a nosotros, ya es una posibilidad formidable. La oración mueve todo, y eso es lo que dijo Jesús.

El apóstol Pablo dice de los que le buscaron sin mucho interés o ni siquiera eso; que le habían abandonado: *Ya sabes esto, que me abandonaron todos los que están en Asia, de los cuales son Figelo y Hermógenes. Tenga el Señor misericordia de la casa de Onesíforo, porque muchas veces me confortó, y no se avergonzó de mis cadenas, sino que cuando estuvo en Roma, me buscó solícitamente y me halló.* (2ª Timoteo 1: 16,17) Así hay que buscar la comunión con Dios; con diligencia y no de forma desmañada y para salir del paso.

El mismo Jesús puso un ejemplo de cómo se tiene que «importunar» al Padre en la oración con la parábola del que pedía pan: *Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.* (Lucas 11:8, 9,10). No con una llamadita desconfiada y tímida, sino con la fuerza que da la certeza en el amor del Padre y en su generosidad. Hay que «aporrear» la puerta. Eso da la medida del interés y la confianza en la invocación. Llamamos a nuestra casa; a la casa de nuestro Padre.

Esta misma insistencia y seguridad en el poder y bondad de Dios, hará de la oración un medio poderoso para cualquier necesidad espiritual que tengamos. Decimos: *Hágase tu voluntad*, y no quita esta afirmación y ruego, que esa voluntad pueda ser invocada para conseguir algo importante para nosotros; desde una necesidad material, hasta como se dice en otro lugar al mismo Espíritu Santo: *Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?* (Lucas 11:13).

A mis muchos años, he comprobado que la oración es el hálito vital del creyente, y la vía de comunicación perfecta con el Creador. En esa posición, lo

demás ya es añadidura: ***Mas buscad el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.*** (Lucas 12:31) **Nadie se puede perder en este camino.**